

MORATO, HISTORIADOR DEL SOCIALISMO

Juan José Morato dijo, al hablar de las primeras figuras de la generación socialista, que «cada uno poseía —y hasta era como un símbolo o representación de ella— una cualidad fundamental. Y estas cualidades eran iguales entre sí. Quejido, la Organización; Vera, el Pensamiento; Iglesias, la Voluntad, y Perezagua, la Acción». Por nuestra parte, añadiríamos que Morato era el Testimonio, un testimonio vivo y sencillo traído por un hombre que fue a la vez protagonista e historiador de los acontecimientos. No un simple narrador de hechos vividos, sino un auténtico estudioso del tema, cuya actitud solidaria con la organización socialista no le impedía ser crítico en determinados casos.

La reedición de su obra **«El partido Socialista Obrero»** es una recuperación importante para la historia del socialismo español. Esta obra, que fue publicada por primera vez en 1918 en Madrid por «Biblioteca Nueva», ha sido considerada por la mayoría de los estudiosos de este tema como la mejor fuente para el estudio del mismo. Su lectura, que hoy se ve facilitada por su reedición en la «Biblioteca de Textos Socialistas» de «Editorial Ayuso», viene a confirmar este juicio.

La obra de Morato recoge los principales aspectos de lo que fue la evolución del Partido Socialista, desde lo que él califica como su prehistoria hasta la conclusión del XI Congreso del Partido. En ella se tratan los principales acuerdos de la Primera y Segunda Internacional, en los que se

recogía la doctrina acatada por los socialistas españoles. Tras este balance teórico, Morato pasa a describir lo que fue la fundación del Partido Socialista, sus primeros pasos a nivel organizativo, sus tensiones externas e internas, sus realizaciones y su crecimiento.

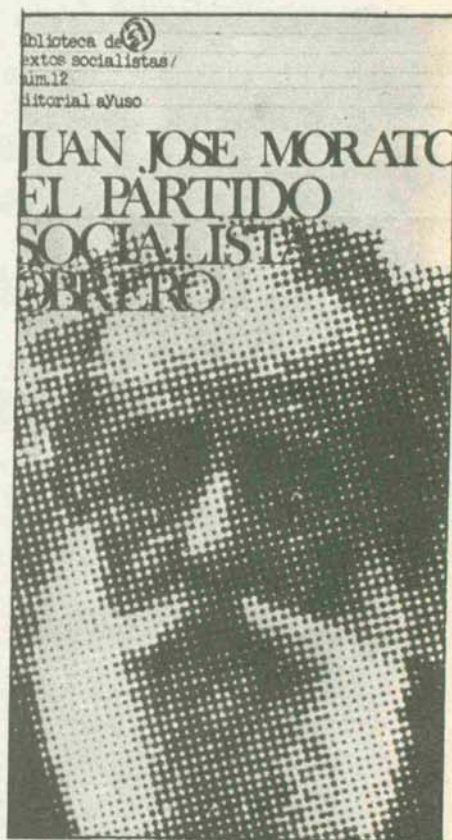
La figura de Morato, como la de tantos otros, había quedado relegada durante bastantes años a un segundo plano, cuando no a la más completa oscuridad. El protagonismo de Iglesias le desplazó a un segundo término. «La Santa Hermandad» constituida en torno al líder socialista, como la denominó Egocheaga, operó en su contra. Este mismo autor le incluye entre los «perseguidos» por esta «Santa Hermandad», junto con Oscar Pérez Solís, Fabra Ribas, Lamonedá, Núñez de Arenas, Fernández Mula, a los que no tardará en acompañar Antonio García Quejido.

Como ha recogido Manuel Pérez Ledesma en su obra «Antonio García Quejido y la Nueva Era», decía Egocheaga: «Antonio García Quejido, el innovador de nuestro sistema sindical, ha corrido la misma suerte que Morato. Su nombre no suena en parte alguna».

Por su parte, el monolitismo propio de posguerra hizo de él, como de tantos otros, un completo desconocido, si bien hoy la personalidad de los líderes socialistas va siendo re-descubierta merced a trabajos como los realizados en los años sesenta, por Pérez de la Dehesa y Blanco Aguinaga, y que hoy hacen que sea de nuevo posible comprender aspectos desconocidos o poco estudiados de la obra y de la personalidad de Jaime Vera, Tomás Meabe, García Quejido, Perezagua, Miguel de Unamuno, o del mismo Juan José Morato.

Fue éste uno de los más importantes introductores del pensamiento de Marx en España. En 1895 tradujo al castellano «El comunismo y la evolución económica», de Paul Lafar-

que; en 1896, «El materialismo económico de Marx: Curso de economía social», de este mismo autor y en este mismo año, «La evolución del capital», de G. Deville.



Su pensamiento nos acerca a Antonio García Quejido, del que fue profundo admirador y amigo, y al que dedicó uno de los capítulos de su obra «La cuna de un gigante. Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir», siendo su colaborador en «La Nueva Era», en la que tenía a su cargo, inicialmente, una sección dedicada al «Movimiento Social (Huelgas, Congresos. Organizaciones que se fundan. Otras noticias)», y que firmaba con el seudónimo de «El Arráez Maltrapillo», como ha señalado Pérez Ledesma en la obra que ya hemos mencionado.

Aparte de sus colaboraciones en «El Socialista», «El Heraldo de Madrid» y, más tarde, en «La Nueva Era», Morato es autor de una serie importante de libros, de los que vamos a mencionár algunos. En 1897, publica en la «Biblioteca Socialista» **«Notas para la Historia de los modos de producción»**. Se trata, como algún autor ya ha indicado, de un conjunto de notas redactadas como complemento a las conferencias de Deville y Lafargue, que fueron traducidas por el propio Morato y que suponen un primer intento de presentar una interpretación marxista de la historia de España. Años más tarde, concretamente en 1918, y quizá como consecuencia de su experiencia en la Escuela Nueva durante el curso 1915-1916, donde tiene a su cargo los cursos breves de vulgarización sobre la «Historia del Socialismo Español», escribe **«El Partido Socialista Obrero»**, la obra que hoy nos ocupa. En 1919, publica en Málaga **«Los redentores del obrero. Rafael Salinas Sánchez»**, posiblemente la primera de las obras de corte biográfico realizadas por este autor. Seis años más tarde publica, en la madrileña Imprenta de José Medina, **«La cuna de un gigante. Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir»**, que es, sin lugar a dudas, otra de las fuentes fundamentales para la historia del socialismo español. Publicados en el periódico «La Libertad» de septiembre a noviembre de 1928, encontramos una serie importante de biografías sobre algunos de los más destacados personajes del socialismo en España, artículos biográficos que han sido recopilados y publicados por Víctor Manuel Arbeloa en el libro «Líderes del Movimiento Obrero español». En Gráfica Socialista de Madrid, el año 1930 publica otro trabajo en el que se desarrolla en extensión un punto que ya había tratado en «El Partido Socialista»: se trata de la **«Historia de la Sección Española en la Internacional (1866-1874)»**.

El tema de la influencia jugada por el guesdismo en el pensamiento socialista español es un punto que no podía faltar en las obras de Morato; es más, parece ser uno de los primeros en señalarlo: «Para los socialistas españoles la ortodoxia está en el partido dirigido por Guesde y Lafargue y en la democracia socialista alemana con Liëbknecht y Bebel», dirá en «El

partido Socialista Obrero». Influencia guesdista que asimismo recoge en una de sus últimas obras y quizá la más conocida, **«Pablo Iglesias, educador de muchedumbres»**, editada por «Espasa-Calpe» en 1931: «Fue Guesde quien de una manera decisiva influyó en el pensamiento del socialismo español», frase que algunos aceptaron de forma mecanicista reduciendo, abusivamente, el socialismo español de un extenso período a un puro mimetismo del guesdismo.

Morato es así el Testimonio, el testimonio sencillo de alguien que resulta a la vez protagonista e historiador de los acontecimientos, sin que su solidaridad con la organización socialista merme su actitud crítica.

Nos alegramos de ver reeditada una obra de primera magnitud que, como muchas otras de similar valía, corría el riesgo de quedar perdida tras años de oscurecimiento cultural y esperamos que otras muchas sean rescatadas del, en ocasiones, forzado olvido al que habían sido condenadas.

■ LUIS GALIANO.

INGLESES EN ESPAÑA

Ciento veinticuatro obras de ingleses, viajeros en la España decimonónica, tiene fichadas hasta ahora el profesor José Alberich. Alberich, andaluz de Algeciras —es decir, andaluz muy cercano a la influencia inglesa por la geografía— lleva ya dieciséis años en Inglaterra, enseñando literatura española en la Universidad de Exeter. Su tesis doctoral, previa a su marcha a las Islas Británicas, versó precisamente sobre el tema de la anglofilia en la generación del 98. Y uno de sus libros más conocidos es «Los ingleses y otros temas en Pío Baroja» (1966).

Ahora Alberich publica en la Colección de Bolsillo de la Universidad de Sevilla un curioso volumen: **«Del Támesis al Guadalquivir: Antología de viajeros ingleses en la Sevilla del siglo XIX»**, donde re-

coge el testimonio escrito de seis autores ingleses. Son éstos: H. D. Inglis, Richard Ford, George Borrow, R. D. Murray, W. G. Clark, A. J. C. Hare y R. B. Cunningham Graham. Al realizar la selección de sus textos el profesor Alberich ha tenido buen cuidado de eliminar repeticiones inevitables. En efecto, es difícil que un viajero vaya a Sevilla y no describa la Torre del Oro, la Catedral o el



Alcázar. Con estas omisiones consiguiera darle interés a un tema que no siempre lo tendría y que así sirve de complemento, como señala el antólogo en su introducción, a lo que los autores españoles escribieron acerca de la España de este tiempo. Un español de entonces no describía, por obvias, las costumbres y las escenas más usuales. Buscaba lo pintoresco o lo que le parecía fuera de lo normal; es decir, lo noticiable, lo curioso. Los ingleses, en cambio, describieron lo cotidiano y normal, que sin duda, para ellos no lo era tanto. Pero también señala cómo, acaso por influencia del entonces naciente romanticismo, no eran pocos los que se dedicaban a una Persecución de secarada de lo 'típico', es, como el 'broken Spanish', como el español chapurreado, una copia grotesca de la verdadera España... Y esta idea la toma de Blanco-White, que hablaba de las «bellezas infieles», de las interpretaciones capri-